

cesión de Shane O'Neill y continuó luego en Irlanda su antigua manera de vivir, provisto de recomendaciones de Cecil, Leicester y Pembroke. Isabel le favoreció al principio; y cuando le perdió el afecto, tomando Stukely una presta resolución, navegó para España a fin de consagrar su espada a la liberación de la Irlanda católica en servicio de don Felipe.

Este no pensaba en la conquista de Irlanda, pero las continuas usurpaciones de Isabel sentíalas como incesantes pinchazos; estaba por tanto muy inclinado a encenderle en desquite un fuego mayor o menor en Irlanda. Por esta causa hizo venir a Madrid a Stukely y le colmó de dinero y honores. Los efectos de esto se dejaron sentir pronto en Londres en tal grado, que don Felipe tuvo por bien hacer apaciguar a la reina por una carta de su secretario Zayas y enviar a Stukely con don Juan de Austria contra los turcos. Allí se hallaba en su lugar el temerario valentón; señalóse mucho en la batalla de Lepanto y con ello adquirió buen nombre hasta entre las personas eclesiásticas. Parecióle ahora Roma un campo fácil de beneficiar; visitó allí descalzo las principales iglesias, y al paso que antes solicitó inútilmente de Pío V que le levantase la excomunión que había bien merecido por su vida anterior, alcanzó ahora pronto en la Ciudad Eterna tanto aprecio, cuanto lo había gozado antes con Isabel o con Felipe II. El 1.º de diciembre de 1571 el cardenal secretario de Estado escribió a Bonelli, que se hallaba en Madrid, que el Papa había oído con agrado los planes de Stukely; que la responsabilidad de la empresa se había de dejar ciertamente por entero al rey de España, pero que el Papa no tenía inconveniente en que se efectuase en su nombre, si el rey no quería que se le nombrara como autor (1). Don Felipe rechazó la propuesta. Como ya antes en la carta tranquilizadora de Zayas a Isabel había hecho negar que el aventurero tuviese la capacidad y los conocimientos necesarios para la empresa de Irlanda (2), así ahora calificó otra vez de irrealizables los planes de Stukely (3). Dejóse, pues, de acometer la empresa de Irlanda durante la vida de Pío V, para volverse a intentar de una manera desgraciada siete años más tarde.

(1) Pollen, loco cit., 74 y Engl. Cath., 192 ss.

(2) Pollen en The Month, 1905, 72 s.

(3) Castagna en 11 de enero de 1572, ibid., 74.

VII. La política religiosa del emperador Maximiliano II y su protesta contra la elevación de Cosme I a gran duque de Toscana. Confusión religiosa en Austria. Conatos de reforma y restauración católica en Alemania, principalmente en Baviera y en los principados eclesiásticos.

I

La actitud religiosa de Pío V, así como todo su carácter eran radicalmente distintos de los del emperador Maximiliano II. Claro, resuelto, enemigo declarado de toda simulación y falsedad, y al mismo tiempo profundamente penetrado de la verdad de la fe católica, veía el Papa la salud únicamente en la fe. Por eso velaba con inflexible severidad por la conservación de la pureza de este sumo bien. Cualquiera conciliación en cuestiones dogmáticas estaba para él excluida por sus convicciones católicas. El emperador al contrario, hábil político, versado en todas las artes de una diplomacia llena de doblez, en las cosas de la religión estaba en extremo falto de claridad, era vacilante y ambiguo (1). Con su celo por la pacificación de sus Estados se le escapaba enteramente, que el que rechaza aunque no sea más que *una sola* doctrina de la Iglesia, deja de ser católico. Maximiliano asistía ciertamente a misa y durante algún tiempo tuvo por predicador en la corte al buen católico Martín Eisengrein. Pero cuando éste terminó un

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 210 s., donde están reunidas y apreciadas las obras modernas sobre la conducta religiosa de Maximiliano.

sermón invocando a la Madre de Dios y a los santos, el emperador se lo reprochó como cosa poco conforme al espíritu de aquella época (1). Es cierto que Maximiliano reconocía tan poco la fuerza obligatoria de los dogmas proclamados en Trento, como las consecuencias que se seguían del juramento que pronunció en su coronación. Abandonó enteramente el terreno católico, por imaginar que podría conciliar oposiciones dogmáticas inconciliables, con la esperanza de quitar fuerzas con semejante mezcla a la contienda religiosa y al fin hacerla desaparecer. Si en su política imperial hizo alguna concesión a los Estados católicos, efectuóse esto por interés. Para las verdades dogmáticas carecía enteramente de inteligencia este príncipe no dotado de gran talento (2); toda controversia religiosa parecía inútil. Los católicos fervorosos le eran tan desagradables como los calvinistas pertinaces. Su prototipo fué siempre una «religión» compuesta de elementos católicos y luteranos, cuya aceptación debía poner término a la contienda, funesta aun para los intereses políticos. El tiempo para tales planes de unión era entre tanto, desde que se publicaron los decretos del concilio tridentino, el más desfavorable que se pudiese imaginar. Carecía asimismo de probabilidades de buen éxito el otro plan del emperador, de contentar a los protestantes de sus Estados sin herir abiertamente a los católicos, por cuanto quería permitir a aquéllos con ciertas condiciones el libre ejercicio de la confesión de Augsburgo de 1530. Según sus propias declaraciones, pretendía también con esto reunir a los dos partidos, como una generación antes lo había procurado Carlos V. Entonces tales planes eran todavía de algún modo comprensibles, pero ahora estaban de antemano condenados a la esterilidad, después que el concilio había definitivamente establecido para los católicos las doctrinas controvertidas, y por parte de los protestantes se había arraigado profundamente la escisión religiosa.

Era fácil de ver que un hombre como el nuevo Papa, que siempre había combatido acérrimamente por la pureza e inviolabilidad de la fe católica, no podría ser ganado para los confusos y

(1) V. Pflieger, Eisengrein, 63.

(2) V. Götz en la Revista Hist., LXXVII, 198, quien rechaza con razón el nombre de catolicismo conciliador, y juzga tan severamente como Janssen de la hipocresía de Maximiliano.

fantásticos proyectos del emperador (1). Por eso Maximiliano estuvo muy lejos de alegrarse de la elección de Pío V (2). Pero como conocía cuán importante era la benevolencia del Papa para la concesión de los auxilios contra los turcos, tomó a pechos mantener con él una buena inteligencia. En su primera carta a Pío V, fechada el 24 de enero de 1566, y enviada a Roma por un correo especial, asegura Maximiliano: «Nunca dejaremos de prestar a Vuestra Santidad nuestra filial obediencia, ni los servicios que se han de esperar del protector y defensor de la Iglesia; nada omitiremos de todo lo que puede y debe hacerse de nuestra parte en virtud de nuestro cargo imperial para la utilidad y provecho de la cristiandad». (3)

Estas palabras no podían tener valor sino por las obras que les correspondiesen. Pues engendraba entonces poca confianza el que Maximiliano procurase impedir hasta el último momento la misión del cardenal Commendone, nombrado ya por Pío IV legado para la dieta de Augsburgo de 1566 (4).

Commendone era un personaje eminente en todos respectos. Todos los contemporáneos concuerdan en alabar sus brillantes prendas de talento y carácter. Conocía muy exactamente por sus ojos las circunstancias así religiosas como políticas de Alemania, era amigo de la casa de Habsburgo y estaba profundamente penetrado de la necesidad de que hubiese buenas relaciones entre el emperador y el Papa; pero era a la vez de ideas íntegramente eclesiásticas y no tenía aspiraciones

(1) Cuánto se diferenciaba el modo de ver de Pío V del de Maximiliano II, se ve muy claramente, entre otras cosas, por los debates que hubo en el consistorio de 18 de junio de 1571, sobre la propuesta de Madruzzo, de invitar también a los protestantes para la liga contra los turcos, en contra de lo cual se declaró resueltamente Pío V: *et quantum ad eos qui sunt Confessionis Augustanae, Sanctitas Sua credit cum b. Augustino esse magis vitandos et periculosos, qui in aliquibus nobiscum conveniunt, ut in fide Trinitatis et similibus, et in ceteris dissentiunt, quam qui in omnibus dissentiunt veluti infideles seu haeretici perditissimi, ut est Palatinus, sacramentarii, impii trinitarii et anabaptistae. Nam isti non tantum nocere possunt, cum ab omnibus vitentur veluti qui impii et manifeste infideles existimantur; sed illi, qui in aliquibus sunt haeretici, plus nocere possunt, ex eo quod nobiscum in pluribus ritibus conveniant.* Studi e docum., XXIII, 339.

(2) V. Schwarz, Correspondencia, 2-3; Hilliger, 151; Bibl, Elevación, 21; Dengel, V, 33, 34, 35.

(3) V. Schwarz, loco cit., 4 s.

(4) V. *ibid.*, VII; Hopfen, 131, 232 s.; Dengel, V, 41 s.

que pudiesen hacerle anteponer sus fines personales a los de la Iglesia (1).

Luego en los primeros días de su pontificado Pío V había fijado detenidamente la atención en los asuntos de Alemania; el 12 de enero de 1566 encargó la deliberación sobre ellos a los cardenales Morone, Farnesio, Borromeo y Delfino. El 19 resolvió formar una congregación especial con los mencionados y los cardenales Galli, Marcos Sittich, Madruzzo y Reumano, así como con Truchsess, que no llegó hasta el 16. Esta congregación se decidió por el nuevo nombramiento de Commendone para legado en la dieta de Augsburgo, y Pío V lo ejecutó en el consistorio de 23 de enero (2). Un breve para Maximiliano, expedido dos días más tarde, designaba como principal incumbencia de Commendone trabajar para que en la dieta no se deliberase sobre cosas cuya decisión pertenecía únicamente a la Sede Apostólica, y que además estaban ya resueltas por los decretos del concilio de Trento, obligatorios para todos los católicos. En lugar de esto, se debía tratar sobre una alianza contra los turcos, la cual el Papa prometía favorecer y apoyar por todos los medios (3).

El 25 de enero Pío V escribió cartas enérgicas a los arzobispos de Maguncia y Tréveris, instándolos a que asistiesen personalmente a la dieta y allí impidiesen que se trajeran a deliberación negocios eclesiásticos o se menoscabaran de alguna otra manera los derechos del Papa y de los obispos. Cartas parecidas recibió todo el episcopado alemán (4).

Por poco que se alegrase Commendone de la incumbencia difícil y llena de responsabilidad que se le había asignado, cumplió con todo al punto la orden del Papa, la cual le alcanzó en el viaje de vuelta de su legación polaca. El 17 de febrero de 1566 llegó a Augsburgo, donde el emperador se hallaba desde el 20 de

(1) Una biografía de Commendone sería un trabajo muy provechoso. Para ello se halla abundante material en el *Archivo secreto pontificio*, y especialmente en el *Archivo Graziani de Città di Castello*. En los materiales allí conservados se apoya la *Vita Commendonis*, Parisiis, 1669, de A. M. Graziani (traducida al francés por Fléchier, París, 1694 y Lyon, 1702), la cual, aunque era una obra notable para su tiempo, ya no satisface a lo que exige la crítica moderna. En el *Archivo Graziani* hay una *redacción de la *Vita Commendonis* de Graziani, diferente de la impresa.

(2) V. Schwarz, loco cit., 4; Dengel, V, 40 s.

(3) V. Schwarz, loco cit., 6 ss.; Dengel, V, 36 s.

(4) V. Laderchi, 1566, n. 222 y 223.

enero y esperaba la venida de los estamentos del Imperio, que se iban presentando lentamente (1). El 20 de febrero tuvo Commendone una audiencia con Maximiliano II, el cual le dió seguridades tranquilizadoras respecto de la cuestión religiosa. Vino muy bien al legado el deseo del emperador de obtener subsidios lo más copiosos posible para la guerra contra los turcos, sobre lo cual debía tratar en Roma Juan Khevenhüller, enviado para dar la enhorabuena al nuevo Papa (2). Commendone conoció al punto cuán útil podría ser el auxilio contra los turcos para ganar influencia sobre el emperador en la cuestión religiosa (3). Más que las exhortaciones del legado y la mala gana de los príncipes protestantes, contribuyó aquella consideración a que Maximiliano desistiese de las negociaciones acerca de una transacción religiosa, aunque éstas habían sido designadas como objeto de deliberación en la convocatoria para la dieta. El texto de los artículos de materias que se habían de presentar en la dieta, leídos públicamente el 23 de marzo, mostraba que Maximiliano había abandonado este punto; exigíanse sólo negociaciones sobre las detestables sectas que contradecían así a la religión católica como a la luterana, entre las cuales era significado el calvinismo, odiado por el emperador.

Entre tanto, el 13 de marzo de 1566 Commendone había recibido una extensa instrucción sobre su incumbencia. El portador fué Escipión Lancellotti, el cual le debía apoyar como canonista. También el conde Melchor Biglia, acreditado por Pío IV el 31 de agosto de 1565 como nuncio en la corte imperial, a quien Pío V dejó en este cargo (4), había acudido a Augsburgo. Fuera de esto el Papa tuvo cuidado de que se agregasen al legado como consejeros en los negocios eclesiásticos, algunos calificados teólogos, como los jesuitas Nadal, Ledesma, San Pedro Canisio y el inglés Sander (5).

(1) Cf. Rüksam, N. Mamerano sobre la dieta de 1566, en el *Anuario Hist.*, X, 536. El *registro original de las relaciones de Commendone sobre su legación de 1566, lo ha descubierto el profesor Dengel en el *Archivo Graziani de Città di Castello*, y lo ha comenzado a publicar con abundantes aclaraciones en el quinto tomo de las Relaciones de nunciatura de Pío V. A Dengel pertenece el mérito de haber sido el primero en abrir a la investigación histórica el *Archivo Graziani*, hasta ahora inaccesible.

(2) V. Schwarz, Correspondencia, p. XII, 14, 20; Dengel, V, 53 s.

(3) V. Dengel, V, 74.

(4) V. *ibid.*, 1 s., 50 s.

(5) V. Braunsberger, Pío V, p. 6.

La instrucción para Commendone, acordada en la congregación de cardenales instituida por Pío V, había sido compuesta por el mejor conocedor de las cosas de Alemania que había en Roma, el cardenal Morone, el cual se sirvió para ello de un dictamen escrito por Truchsess (1). Como incumbencias principales señalaba: excluir de la dieta las negociaciones sobre religión, publicar y ejecutar los decretos tridentinos, en general reformar radicalmente las cosas eclesiásticas, y por fin preparar una alianza contra los turcos.

Sobre el primer punto las órdenes del Papa eran muy precisas. Decíase en ellas, que Commendone se opusiese con intrepidez a toda tentativa de tratar directa o indirectamente en la dieta sobre religión; que esto no pertenecía a los legos, y que además había demostrado la experiencia, que con tales negociaciones no se había logrado ninguna unidad, sino empeorándose todavía las cosas. Que con el mismo celo demandase el legado el apoyo del emperador para la publicación y observancia de los decretos tridentinos. Que en caso de que esto no se pudiese conseguir para todo el Imperio, instase Commendone por lo menos la publicación de estos decretos en las diócesis de Salzburgo, Constanza, Eichstätt, Augsburgo, Frisinga, Passau, Brixen y Trento, e incitase a todos los príncipes eclesiásticos a su observancia.

En relación con esto estaba la orden de exigir al electo arzobispo de Colonia, Federico de Wied, la profesión de fe católica, prescrita en Trento. Además tenía Commendone el encargo de tomar providencias para que en la vacante que se esperaba de las sedes episcopales de Magdeburgo y Estrasburgo, no cayesen éstas en manos de luteranos.

El ulterior contenido de la instrucción atestigua cuán amplios designios tenía Pío V en lo tocante a la renovación de la vida eclesiástica en Alemania. Todos los obispos debían ser exhortados a la reforma del clero secular y regular; los que todavía no estaban consagrados, habían de reparar este descuido. Se debía inducir a los obispos a que por lo menos una vez al año visitasen personalmente sus diócesis, a que impidiesen la introducción de escritos heréticos, fomentasen y difundiesen de todas maneras los libros católicos y fundasen seminarios conciliares.

(1) V. Schwarz, loco cit., 6. La instrucción, que lleva la fecha de 27 de febrero de 1566, se halla en Dengel, V, 56 s. Sobre las facultades de Commendone v. *ibid.*, 42 s. Cf. Canisii Epist., V, 576.

Para el cumplimiento de estos encargos, que representaban, por decirlo así, el programa del Papa respecto de las cosas eclesiásticas de Alemania, se indicó al legado que se ganase a los consejeros del emperador y mantuviese estrechas relaciones con el católico duque de Baviera y el embajador español.

Conforme a esto trató Commendone con exquisita cortesanía a los príncipes católicos y a los obispos. Usó de especiales atenciones con el duque de Baviera, Alberto V, estrictamente católico (1). Tampoco en lo demás descuidó nada el legado para ejecutar los encargos del Papa. Su principal cuidado se dirigió, naturalmente, en primer lugar a las negociaciones de la dieta.

Por la nueva redacción de los artículos de materias que habían de ser objeto de discusión, estaban a la verdad excluidas deliberaciones escandalosas sobre la fe católica y una mezcla de religiones, pero con esto de ningún modo parecía alejado todo peligro. No se le escapó a Commendone que los protestantes también esta vez procuraban alcanzar concesiones en materia religiosa por medio del auxilio contra los turcos. Eran por tanto necesarias vigilancia y circunspección. El legado no las escaseó y se mantuvo en estrecha relación con los católicos, especialmente con el arzobispo de Tréveris y el duque de Baviera (2).

Los protestantes en su escrito de peticiones y querellas, entregado al emperador, aparentaban hallarse unidos en la fe, a pesar de la profunda división que reinaba entre luteranos y calvinistas; decían en él, que en sus dominios ellos no conocían ninguna de aquellas sectas cuya supresión exigía el emperador en el escrito dirigido a la dieta para proponer las materias de deliberación; que estas sectas se habían de atribuir al maligno enemigo y a los papistas. Que para desterrar las «abominaciones e idolatría del Papado» pedían la convocación de un concilio nacional bajo la presidencia del emperador; que hasta entonces debía éste conceder el libre ejercicio de la religión a aquellos súbditos de los Estados

(1) V. Braunsberger, Pío V, p. 8.

(2) Prudente cautela mostró Commendone, desistiendo de entregar el breve de 13 de febrero de 1566, que iba dirigido al emperador y a todos los Estados del Imperio, aun a los protestantes, y exhortaba a la unidad de fe sobre la base de los decretos tridentinos (v. Schwarz, Correspondencia, 7-9; Hopfen, 241). También consiguió el legado alejar el peligro de que se propusiese a la dieta el negocio de la profesión de fe tridentina, del arzobispo de Colonia. Cf. Pogiani Epist., IV, 301.

católicos del Imperio que quisiesen aceptar la confesión de Augsburgo, y anular el *reservatum ecclesiasticum* (1). Si se abrogaba esta última disposición, por la que todo príncipe eclesiástico que pasaba de la fe católica al luteranismo, perdía su cargo y rentas, podían los novadores esperar con razón dar un paso más para la completa destrucción de las «abominaciones e idolatría del Papado» en el Imperio (2).

Entre tanto habíanse recibido en Roma noticias tan inquietantes sobre la actitud religiosa del emperador, que se temía allí que abrazase la confesión de Augsburgo. Por eso el 6 de abril se envió a Commendone la orden de que en este caso abandonase la dieta con una protesta. Commendone no participaba del temor de la apostasía de Maximiliano, pero había conocido claramente desde el principio, que se llegaría a una confirmación general de la llamada Paz religiosa de Augsburgo de 1555, la cual, rechazada por los Estados calvinistas, era tanto más ardorosamente promovida por el emperador, y aun por los príncipes eclesiásticos. Estos últimos temían nuevos despojos, si se quebrantaba dicho tratado (3). La situación de Commendone era sumamente difícil. Pidió a Roma nuevas instrucciones para su conducta; y cuando a fines de abril las recibió, se halló todavía en mayor perplejidad. Pues el Papa le mandaba que si en la dieta se tomaba alguna resolución contraria a las decisiones dogmáticas del concilio de Trento, había de abandonar la ciudad haciendo una protesta (4).

Pío V rechazó la Paz religiosa de Augsburgo tan decididamente como su predecesor Paulo IV, muy semejante a él en el espíritu (5). Conforme a la situación de las cosas, estaba en el interés excluido el no confirmar este convenio, pues aun los católicos de Augsburgo abogaban por su confirmación para estar amparados contra ulteriores perjuicios. Una protesta del legado hubiera conducido, con gozo de los adversarios, a una desavenencia, no sólo con el emperador, sino también con los Estados católicos.

(1) V. Janssen-Pastor, IV 15-16, 224 ss.

(2) Cf. Kluckhohn, Cartas, I, 520, 529 s.

(3) V. la *relación de Commendone, de 22 de abril de 1566, *Archivio Graziari de Città di Castello*.

(4) Cf. Nadal, III, 99; Canisii Epist., V, 252; Brognoli, II, 190.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 295.

En su situación sumamente angustiosa dirigióse Commendone a sus consejeros eclesiásticos, especialmente a San Pedro Canisio. A la cuestión principal que les propuso, sobre si la paz de 1555 y su confirmación se oponía a los decretos dogmáticos del concilio tridentino, respondieron los jesuitas negativamente en un dictamen, en que se decía que no se trataba de una paz en el terreno dogmático, sino en el político; que no había sido ella sino un expediente y una tregua provisional. Que la Santa Sede no podía a la verdad aprobarla expresamente, pero sí podía tolerarla hasta que viniesen tiempos mejores. Que el legado no estaba obligado a protestar. Que como en las presentes circunstancias no se podía alcanzar que en las actas de esta dieta constase un reconocimiento del concilio y de sus decretos por parte de los Estados católicos, por muy deseable que fuese, debían éstos manifestar, a lo menos en una u otra forma, la aceptación de las decisiones tridentinas (1). Sander se adhirió a la opinión de los jesuitas. Lancellotti, por el contrario, declaró que la Paz religiosa de Augsburgo y su nueva confirmación eran incompatibles con el concilio y exigió que el legado protestase (2). Con todo el cardenal Truchsess y el embajador español, lo mismo que Biglia, temían que si esto se hiciese, la dieta se disolvería y se originaría una guerra que aniquilaría todo lo que todavía quedaba de católico en Alemania (3).

En estas circunstancias resolvióse Commendone, que conocía la severidad de Pío V en materias de fe, a no hacer cosa alguna sin consultar antes a Roma (4), y envió allá a su auditor Caligari para que diese cuenta del asunto verbalmente y pidiese nuevas instrucciones (5). Si éstas al fin expresaron que el Papa lo dejaba todo al juicio del legado, y por tanto podía omitirse una

(1) V. Laderchi, 1566, n. 233-235; Nadal, III, 88-104; Canisii Epist., V, 229 a 253; Duhr, I, 828, nota 1.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 232, 233; Braunsberger, Pío V, p. 10.

(3) V. Laderchi, 1566, n. 230. Truchsess, socorrido con dinero por Pío V, había ido a Augsburgo desde Roma el 23 de febrero de 1566; v. el *Avviso di Roma de 2 de marzo de 1566, Urb., 1040, p. 188, *Biblioteca Vatic.*

(4) V. la *carta de Commendone a Pío V, de 1.º de mayo de 1566, y la relación de Biglia, de 3 de mayo de 1566, las cuales aparecerán impresas en el tomo V de Dengel. La situación por todos lados peligrosa la describe una carta que H. Corboli dirigió a Sirloto, fechada en Augsburgo a 27 de abril de 1566; v. Laemmer, *Analecta*, 57, 125 s.

(5) V. Brognoli, II, 191 s.